

La abuela Amelia

Que nuestra abuela paterna era una bruja era una certeza que tanto mis primos como yo aprendimos desde bien chicos. Una de esas circunstancias familiares que se aceptan y pasan a formar parte del ambiente, sin más dramas de los necesarios. La abuela Amelia era una bruja.

Pero no una bruja como las oscuras mujeres, despeluzadas y maléficas, de los cuentos. No, mi abuela no comprobaba el tamaño de nuestras piernas para después cocernos en su caldero, ni leía hechizos en libros forrados con piel de carnero. Ella era todo lo contrario. La abuela Amelia, en realidad, era alta, delgada, rubia y guapísima. Una señora elegante y distinguida que conservaba una piel perfecta, unos enormes ojos azules y un porte digno de una reina. Y ella lo sabía. Lo había sabido siempre.

Pero nunca le bastó. O eso creíamos.

Mi abuela marcaba el ritmo de la familia con un casi imperceptible carraspeo. O con una subida de ceja. O con un suspiro. Sus hijos, todos varones, mantenían desde siempre una cruenta lucha para conseguir la atención –que no ya el amor- de una madre distante, pero censora y cruel cuando lo consideraba perentorio. Sus nueras sufrieron desde el inicio la condescendencia disfrazada de fría amabilidad que les dispensaba esa mujer a la que nunca conseguirían siquiera emular. Los nietos, al principio, vivimos ajenos gracias al cariño desmedido del abuelo Paco, que nos consentía y nos protegía, pero que nos dejó muy pronto, abandonándonos a la deriva en el mar de hielo que era la vida con la abuela.

Yo empecé pronto a ser víctima predilecta. Única nieta mujer, aunque no me parecía en nada a ella –cosa que no dejaba de recordarme- tenía sobre mis hombros, sin saberlo, la responsabilidad de mantener el honor de la familia. Y cuando digo sobre mis hombros, lo digo de forma literal, porque la principal preocupación de mi abuela era mi pelo.

Cada domingo durante la comida familiar era inspeccionada, en la distancia, y mi abuela calculaba si ya era necesario cortar mi melena o aún aguantaba un tiempo dentro de los límites de la decencia. Porque el pelo largo era de mujerzuelas, por supuesto. Eso sí, si algún verano se me ocurría probar un estilo más fresco y cómodo, sabía que hasta que el pelo lograra la longitud deseada, iba a soportar miradas horrorizadas y comentarios sobre mi aspecto de “chicazo”.

Esta era, en resumen, mi relación con la abuela Amelia. Sin afectos, sin verdadera implicación ni ella en mi vida ni yo en la suya. Por fortuna, fui buena estudiante, así que escapaba de las regañinas que de vez en cuando soportaban mis primos y, envuelta en mis ensoñaciones, no reparaba más de lo estrictamente necesario en aquella mujer, madre de mi padre, a la que nunca creí capaz de tener sentimientos, o de poseer una historia propia que justificara, de algún modo, su frialdad y enfado con el mundo.

Porque eso era lo que sentía la abuela Amelia: enfado. Y lo descubrí ya de mayor, cuando a los 20 años, con un corte de pelo que la horrorizaba, anuncié un domingo durante el almuerzo que me habían concedido una beca Erasmus y que el siguiente curso lo pasaría en Colonia, Alemania. Tanto mis padres como yo suponíamos que la abuela no vería con buenos ojos que su única nieta desapareciera de su implacable radar durante tantos meses, pero, como es lógico, lo que opinara o no carecía de importancia en la cuestión.

Eso sí, ninguno esperábamos que la reacción de la abuela fuera la que fue. Cuando escuchó la noticia, tras unos segundos de vacilación, dejó con delicadeza los cubiertos en el plato y se levantó, musitando una disculpa. Nos dejó a toda la familia, por primera vez, sentados en la mesa sin su presencia. Nadie sabía qué hacer. ¿Levantarnos por si encontraba mal? ¿Acudir en su búsqueda para mostrar una preocupación que dejábamos mucho de sentir? ¿Quién de todos daba el paso?

Por supuesto, me tocó a mí. Mi padre me ordenó que fuera a ver si la abuela necesitaba algo. Yo protesté, pero no hubo forma de librarme. Así que allá me vi, internándome en el sanctasanctórum de la abuela, en su habitación, donde creo que nunca había puesto un pie, al menos de forma consciente. Llamé quedamente a la puerta, y como no recibí respuesta, me animé a entrar. La abuela estaba sentada en la cama, vencida sobre sus piernas, y aferraba un pañuelo entre sus manos. Al oír mi voz se incorporó, me miró, y vi entonces que estaba llorando.

La abuela Amelia llorando. Ni siquiera en el entierro del abuelo Paco. Nunca, jamás, había dejado que las emociones la doblegaran. Lo consideraba una debilidad, algo propio de personas incultas y maleducadas. Y ahora me miraba con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

- “¿Abuela?”, acerté a decir.

Se levantó, con algo de esfuerzo, para volver a sentarse frente a su escritorio. Con un gesto me indicó que me acercara y que me sentara en la cama, cerca de ella. Tras revolver un instante en los cajones de su mesa, sacó una vieja fotografía y me la tendió.

- “Esa soy yo, a los 18 años”, me dijo. “Con toda la vida por delante”.

Sin entender nada, miré la imagen. La abuela, en verdad, había sido una belleza. No cabía discusión posible. En la foto posaba, alegre y sonriente como nunca la había visto, con un par de amigas. Transmitía felicidad.

- “Mis dos amigas se marcharon poco después a Alemania, a trabajar. Yo quise irme con ellas, me escribían, me habían buscado una colocación... Pero mi padre no me dejó. Yo no era como ellas, me decía, no tenía por qué emigrar. Tu abuelo llevaba con intenciones de pedir mi mano desde hacía tiempo, y estando casada con él, ¿qué necesidad tenía de irme? Era un buen partido, tenía estudios, su familia era importante... Tienes la mejor de las suertes, hija, de que ese muchacho te quiera...Y yo... ¿sabes una cosa? Yo no veía la suerte por ningún lado. Yo lo que tenía eran 18 años y ganas de vivir, no de casarme...”

La abuela hablaba sin mirarme, dirigiéndose a la muchacha sonriente y esplendorosa de la fotografía. “Quería vivir...”, repitió. Y, entendiendo de golpe tantas cosas, tragué saliva y agarré su mano. No me atreví a ir más allá, porque sentía que estaba vulnerando la intimidad más esencial de la abuela, aquel recóndito lugar al que nunca nadie había accedido. Ella me devolvió el gesto y ahora sí mirándome, suspiró, y con una sonrisa débil me dijo: “tienes que arreglarte ese pelo antes de ir a Alemania, me lo tienes que prometer”.